

## INTRODUCCIÓN

### UN POEMA AL PADRE QUE COMBATIÓ EN LA GUERRA CIVIL

#### SOBRE LA MEMORIA Y LA IDENTIDAD

Hay muchas formas de contar la Guerra Civil española de 1936. Esta es una de ellas. En las páginas que siguen hablo de padres e hijos, de guerra y poesía, de España y sus escritores, de pasado y presente, de memoria colectiva e identidad personal. Reconstruyo la participación de los padres de varios autores como soldados en la guerra con el propósito de abordar unas relaciones que comprenden tanto la admiración personal y la afinidad temperamental como el desapego afectivo y el conflicto ideológico. En síntesis, relato el recuerdo que algunos escritores guardan de sus padres y de aquello que estos les contaron de sus vivencias en las trincheras a partir del comentario de unos poemas escritos en la transición y la democracia. Esto indica que acometo el asunto de los recuerdos familiares de la guerra transmitidos a través del tamiz de la poesía y, en consecuencia, entiendo adecuado comenzar con una reflexión sobre el campo de la memoria que pueda servir para encauzar las inquietudes que me han llevado a desarrollar este trabajo.

Simplifico todo para quedarme con dos referentes que han impulsado los estudios en este ámbito. De un lado, las ideas sobre la memoria y sus vinculaciones con la identidad colectiva del sociólogo Maurice Halbwachs, muerto en el campo de concentración de Buchenwald en 1945, cuajan en la sociedad de nuestro tiempo, que ha visto crecer el interés por la memoria justamente como efecto del recordatorio de lo sufrido durante la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. De otro lado, las investigaciones del

historiador Pierre Nora en los años ochenta del siglo pasado sobre las identidades nacionales –la francesa, particularmente– ponen en marcha el concepto de memoria histórica, que abarca con preferencia una vertiente historiográfica e ideológica.

Con estos y otros mimbres internacionales, el debate intelectual llega a España y termina por madurar en la sociedad y la política en la primera década del nuevo siglo. Hay fechas simbólicas y episodios eficaces, aun con su carga de controversia. La creación de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica en 2000 supone un respaldo social de lo que ha de venir en lo político. El Congreso de los Diputados aprueba el 31 de octubre de 2007 la conocida como Ley de Memoria Histórica; en realidad, «Ley de reconocimiento y extensión de los derechos a las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura». Esta nace impulsada por el gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero para amparar la reclamación de los derechos de aquellos que padecieron la muerte, la persecución o la violencia durante la guerra y la dictadura. He querido arrancar con la alusión a estas iniciativas movido por el afán de hacer constar desde ya que el trabajo que presento no entra en el dominio de la memoria histórica, porque los poetas que escriben sobre la participación de sus padres en la Guerra Civil no lo hacen con el objetivo primordial de interpretar sus pasados bélicos con datos del presente ni de reivindicar actos de violencia o injusticia cometidos contra ellos durante la guerra y el franquismo. En verdad, los poemas que comento no presentan grandes planteamientos políticos ni reivindicaciones de derechos como primer empeño.

Si el concepto de memoria histórica es el que más ha sonado en los círculos políticos y en los medios de comunicación, los rótulos se han multiplicado en la esfera académica en un anhelo por dilucidar un terreno dúctil y poliédrico: memoria histórica, colectiva, social, literaria, cultural, popular, familiar, heredada, afiliativa, agujereada, vicaria, protésica, adquirida, transmitida, etc. Una infinidad de términos que advierte del interés que despiertan los límites de la historia y la memoria entre investigadores e historiadores. Uno de estos es Santos Juliá, conocedor agudo de la historia política, social e intelectual de la última España. Entre sus

escritos hallo una argumentación provechosa para explicar mis pretensiones, que traigo a colación por la brevedad y precisión con la que logra exponerla. Juliá afirma que «[...] a pesar de que la guerra trastornó la vida de nuestros padres y, de un modo u otro, marcó el destino de todos sus hijos, nosotros, los nacidos durante o poco después de la guerra, no tenemos ni podemos tener memoria de la guerra ni de nada de lo ocurrido en su transcurso. [...] puedo recordar, en fin, los recuerdos de otros, lo que algún autor ha definido como posmemoria; pero no puedo tener una memoria de la guerra, como es obvio» (Juliá, 2011: 217-218).

De acuerdo con estas palabras clarividentes, los escritores que estudio tienen posmemoria de la guerra y memoria vivida del franquismo. Es Marianne Hirsch, investigadora estadounidense de origen rumano, quien acuña el término *posmemoria* en un análisis dedicado al cómic *Maus* de Art Spiegelman para hacer referencia a la memoria de los hijos de las víctimas del Holocausto, cuyas vidas están marcadas por los recuerdos del trauma de los padres y, por tanto, por un pasado anterior a su nacimiento. Lo que me interesa del apunte de Juliá y las teorías de Hirsch atañe a la idea de la memoria heredada por los hijos, al hecho del relato revelado por los padres a los hijos. En este sentido, y con respecto al objetivo de mi trabajo, me gusta el título que Luis García Trapiello elige para la novela en la que cuenta los recuerdos que el padre le transmite en sus conversaciones: *Herederos de una guerra*. Esta idea conforma el hilo conductor de los capítulos venideros.

La apreciación anterior me conduce al terreno de la memoria familiar a la hora de analizar los textos literarios, dado que existe una vinculación de parentesco entre el que reconstruye el recuerdo –los poetas– y el que vive la experiencia –los padres–. Esta implicación subjetiva del individuo que rememora lo vivido por su ascendiente deja rastros en el poema tanto de las raíces parentales como de su identidad personal. En un aspecto y en otro me detengo en mis comentarios a los poetas y sus obras.

Acometo, pues, el modo en que el conjunto de recuerdos relativos al pasado de su grupo de origen queda conservado en el interior de cada uno de sus miembros. En relación con los ejemplos

que propongo, la memoria de la experiencia vital y bélica del padre queda guardada en el interior del hijo. Este la va recordando, olvidando, madurando, comentando y recreando hasta que siente que ha llegado el momento de darle salida mediante la escritura de un poema. De esta forma funciona el mecanismo de creación de los textos que he seleccionado: sus autores indagan en el rescaldo de la memoria, rebuscan en las anécdotas de las historias contadas en las reuniones caseras, rescatan nombres y lugares repetidos en los encuentros domésticos, recuperan los sentimientos expresados por sus padres en las conversaciones compartidas, y dialogan sobre la familia con sus hermanos y parientes. Entonces, llega la situación en que se sienten motivados para escribir novelas más o menos autofictivas –como *Ayer no más* de Andrés Trapiello y *Les guerres del pare* de Pere Rovira–, esbozos líricos autobiográficos –como *De una edad tal vez nunca vivida* de Jorge Urrutia y *Este sol de la infancia* de Jacobo Cortines– y memorias de infancia y juventud –como *Para tener casa hay que ganar la guerra* de Joan Margarit–. A veces toda esa turbación emocional de la memoria familiar que vive latente en sus pensamientos y sentimientos se transmite en forma de poema.

La memoria familiar contiene una naturaleza doble, porque preserva una serie de recuerdos a la vez que aporta una suma de valores, normas y conductas. Esto se aprecia con claridad en los poemas agrupados aquí. Sus autores dejan constancia de las experiencias paternas en la guerra, pero a la par recogen alguna enseñanza heredada que asimilan en su vida o en su poética. El caso de Pere Rovira resulta palmario: su concepción de la poesía y su respeto por la parte artesanal del oficio poético no se entienden sin lo observado en las labores de su abuelo y su padre, payés el primero y guarnicionero el segundo, que le enseñan el orgullo que genera hacer las cosas bien, se tarde lo que se tarde en ello. Por su parte, tanto Andrés Trapiello como Antonio Jiménez Millán subrayan lo aprendido de la entrega al trabajo que encauza los días de sus padres; y Miguel d'Ors reconoce varios principios éticos y actitudes vitales asimilados del suyo, como la austeridad en la vida cotidiana, el posicionamiento contra el desorden y la lealtad a los amigos. Como corolario, puedo concluir que estos

poemas no solo abordan la vivencia paterna de unos episodios bélicos, sino que, además, advierten del reconocimiento filial de la conducta adquirida de unos padres que conviven, primero, con el peso traumático de quien ha combatido siendo joven y, segundo, con la incumbencia de adaptarse al devenir bajo el marco de una dictadura. Como tendré ocasión de mostrar, escribir de esto representa indagar en el origen y en la identidad personal.

He mencionado la carga de un peso traumático. Ello me da pie a anotar otra idea en relación con la memoria y el trauma. El concepto de la posmemoria, que nace ligado al Holocausto, ha sido aplicado en el contexto hispánico a las narrativas memoria-lísticas de los hijos –también de los nietos y otros descendientes, e incluso los allegados y desconocidos– de los asesinados, fusilados, represaliados, detenidos, desaparecidos, exiliados y torturados durante las dictaduras española y latinoamericanas. La posmemoria lleva emparejada, pues, la idea de trauma heredado, de transmisión intergeneracional de una experiencia lesiva. No en vano, significa crecer domeñado por el trauma aprender a pasar de perfil, saber qué puede decir y qué debe callar una familia de los vencidos, como le ocurre al niño Jorge Urrutia en un barrio madrileño, donde conviene que el vecindario no sepa que su padre, el poeta Leopoldo de Luis, ha sido combatiente republicano y preso forzado del primer franquismo.

Igual o mayor trauma implica salir huyendo de España hacia el exilio para no volver, como le sucede a Gustavo Durán, que, además, se ve envuelto en procesos judiciales, investigaciones, acusaciones y difamaciones sobre su persona dentro y fuera del país, en instancias gubernamentales y en medios de comunicación públicos. Ciertamente, todos los escritores a los que me acerco han convivido con el relato traumático de sus progenitores. Nadie discute que luchar en una guerra deja huellas síquicas. El padre de Andrés Trapiello les cuenta a sus familiares cada Nochebuena sus padecimientos en las navidades de 1937 en el frente de Teruel por culpa de los veinte grados bajo cero. Es el mismo frío que Gustavo Durán siente y confiesa al historiador Robert Payne pasado el tiempo. Jacobo Cortines sabe, porque su padre lo refiere en una y otra ocasión, que la guerra le rompe sus proyectos y su

vocación artística. Consisten en relatos orales que ponen de relieve el daño sufrido, tanto como lo ponen las respuestas airadas y despectivas de los de Julio Llamazares y Pere Rovira al recordar la guerra o los silencios de los padres de Jane Durán, Jorge Urrutia Antonio Jiménez Millán y Miguel d'Ors. Callar para siempre es la actitud elegida por Gustavo Durán y el motor que pone en marcha el libro de su hija, *Silencios desde la guerra civil española*, cuyo título compendia el sentir común de todos ellos.

En consecuencia, estos autores heredan el relato traumático de sus padres y conviven con un ser marcado por lo soportado en los frentes de batalla. Ahora bien, estos poetas no ponen el dedo en la llaga del trauma en líneas generales. Tampoco reclaman reparación alguna, porque no presentan a sus padres con una dosis de damnificación o victimismo significativos, más allá de resaltar el miedo, el frío, el enfado, el hambre, el arrebato, el hastío, la rabia, el agotamiento y otros sentimientos calamitosos. Es más, he de señalar que incluso en medio de los trances traumáticos también cabe el tiempo de la felicidad. Así lo sostiene el escritor Imre Kertész, deportado a Auschwitz y a Buchenwald, en *Sin destino*, al referir las bromas y las alegrías vividas en los campos de concentración bajo las peores circunstancias. Lo distingo en Leopoldo de Luis, preso en un batallón disciplinario de trabajadores, que confiesa guardar recuerdos hermosos de su vida en la guerra, entre ellos el de conocer a la que será su esposa. Lo veo en Álvaro d'Ors, que disfruta de la lectura de obras clásicas en los intervalos de descanso de los enfrentamientos. Y lo corroboro en Gustavo Durán, que lee como d'Ors en los ratos de tranquilidad, toca el piano en alguna ocasión y deja el frente para asistir al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura.

Me queda por recalcar dos ideas, ligeramente sugeridas en lo expuesto hasta aquí. La primera se ciñe a que el ejercicio de memoria conlleva arrostrar el trauma heredado, pero también deriva en un proceso de búsqueda de la identidad. En esto quiero incidir porque los poemas tratados abundan en la memoria de los progenitores para fijar la identidad del descendiente antes que para registrar la condición de víctima o de héroe del padre. En este sentido, intentaré mostrar en los distintos capítulos cómo la

toma de conciencia del pasado paterno constituye un paso firme en la construcción identitaria personal y en la configuración de la historia sentimental, cultural, política y social de los escritores. En resumen, recordar los pasos del padre comporta un proceso de autonálisis.

La segunda idea estriba en acentuar el trasvase que se establece entre lo individual y lo común. Si bien las relaciones entre estos padres y sus hijos remiten a una cuestión privada, parece evidente que entrañan una dimensión social desde el instante en que los primeros participan en la Guerra Civil como combatientes y los segundos son escritores con alcance público en la transición y la democracia. Unos y otros incardinan sus actuaciones en el transcurso histórico y sociológico. Hablo, pues, de asuntos íntimos y de asuntos colectivos, porque quienes comienzan recordando a su padre soldado terminan pensando en España y quienes escriben de su saga tienen en mente no solo la historia familiar sino también el devenir compartido de su tiempo.

Estas perspectivas, que he esbozado en los párrafos precedentes, animan a leer los poemas como estrategias literarias ideadas por sus autores para explorar su identidad, dialogar con sus padres, aquilatar la memoria heredada, pensar España como problema y discernir el efecto íntimo que todo esto les causa. En conclusión, bajo el proyecto de escribir acerca de sus progenitores en la guerra yace la intención consciente o inconsciente de reflexionar sobre España y sobre sí mismos.

#### EN GUERRA CON MIS ENTRAÑAS

Muchos creadores de la transición y la democracia han inventado o buscado historias ajenas para montar una trama sobre la guerra y el franquismo. Sin embargo, otros tantos han encontrado esa historia en su propia casa y se han dado a poner por escrito aquello que oyeron contar a su padre relacionado con sus vivencias pasadas. Es la memoria familiar heredada, el patrimonio guardado por los descendientes y parientes, del que he hablado en el epígrafe anterior.

Doy un paso adelante ahora con una consideración sobre la Guerra Civil y la poesía a raíz de algunas preguntas que me hago. ¿Por qué se siente la necesidad de escribir un poema al padre y por qué se decide la elección del momento existencial de la guerra? De entrada, pienso que quien escribe un poema sobre el pasado de su padre como soldado no sigue la corriente de las modas ni el estímulo económico ni el deseo de ganarse lectores, sino que obedece a otros propósitos, ya sean vitales, reflexivos, psicológicos, sentimentales o ideológicos. Las últimas décadas han supuesto una acumulación desmedida de novelas y cuentos, biografías y memorias, largometrajes y documentales, piezas teatrales y cómics, dedicados a la guerra y al franquismo. ¿Dónde queda la memoria de ese tiempo en la poesía?

No resulta equiparable lo aportado en estos campos a lo sucedido en el ámbito poético y, no obstante, ese interés se ha hecho notar de forma puntual y esporádica con una magnitud añadida. El relato de una novela y una película debe contraerse al máximo en un poema. No hay palabras suficientes para poner en valor todo lo que el escritor tiene en su cabeza. Opera por selección: el poeta se ve abocado a elegir un año, una batalla, un detalle, un nombre, una herida, un escenario, una prenda, una anécdota, una foto, un paisaje, un recuerdo de todos los referidos por su padre. No hay lugar para el desarrollo épico, solo hay espacio para el apunte selectivo y sentimental.

¿Por qué Joan Margarit recuerda un capote cuando refiere la guerra de su padre? ¿Por qué Andrés Trapiello se fija en la batalla de Teruel cuando su padre combate los tres años de guerra? ¿Por qué Jorge Urrutia le concede tanta relevancia al agua que bebe su padre en Jimena de la Frontera? ¿Por qué Jane Durán se acuerda del alcalde de Morella y guarda una lata de sardinas como si se tratase de un tesoro? ¿Por qué Miguel d'Ors mienta que su padre conserva un crucifijo y un detente desde la guerra? ¿Por qué Antonio Jiménez Millán recupera el sitio de Alcalá la Real? ¿Por qué Jacobo Cortines retiene unas muletas en su memoria? ¿Por qué Julio Llamazares repara en el miedo y la tristeza de su padre? ¿Por qué Pere Rovira recuerda las caras de los compañeros de trinchera del suyo? Cada uno de ellos atesora una razón histórica y sentimental.